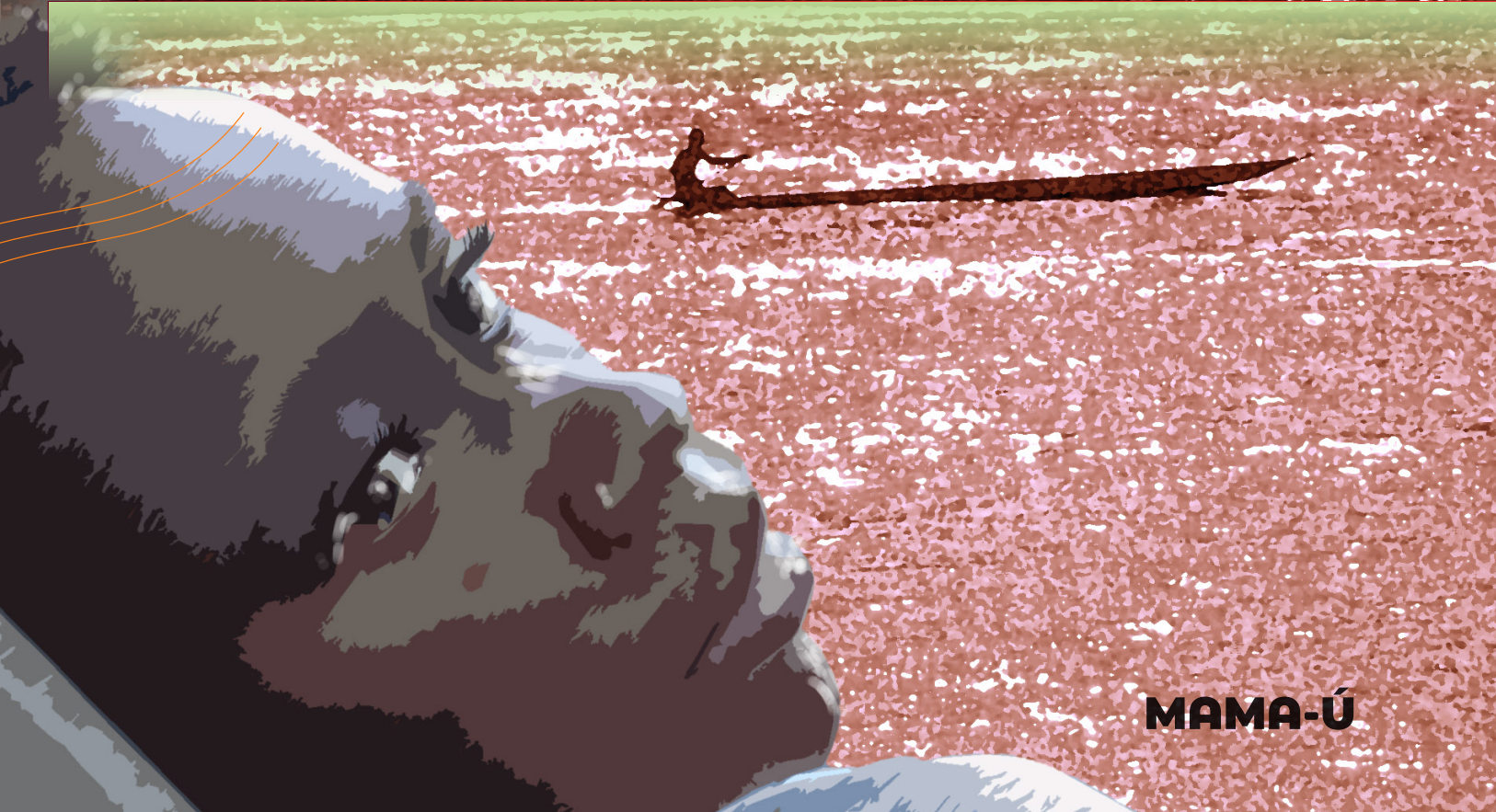
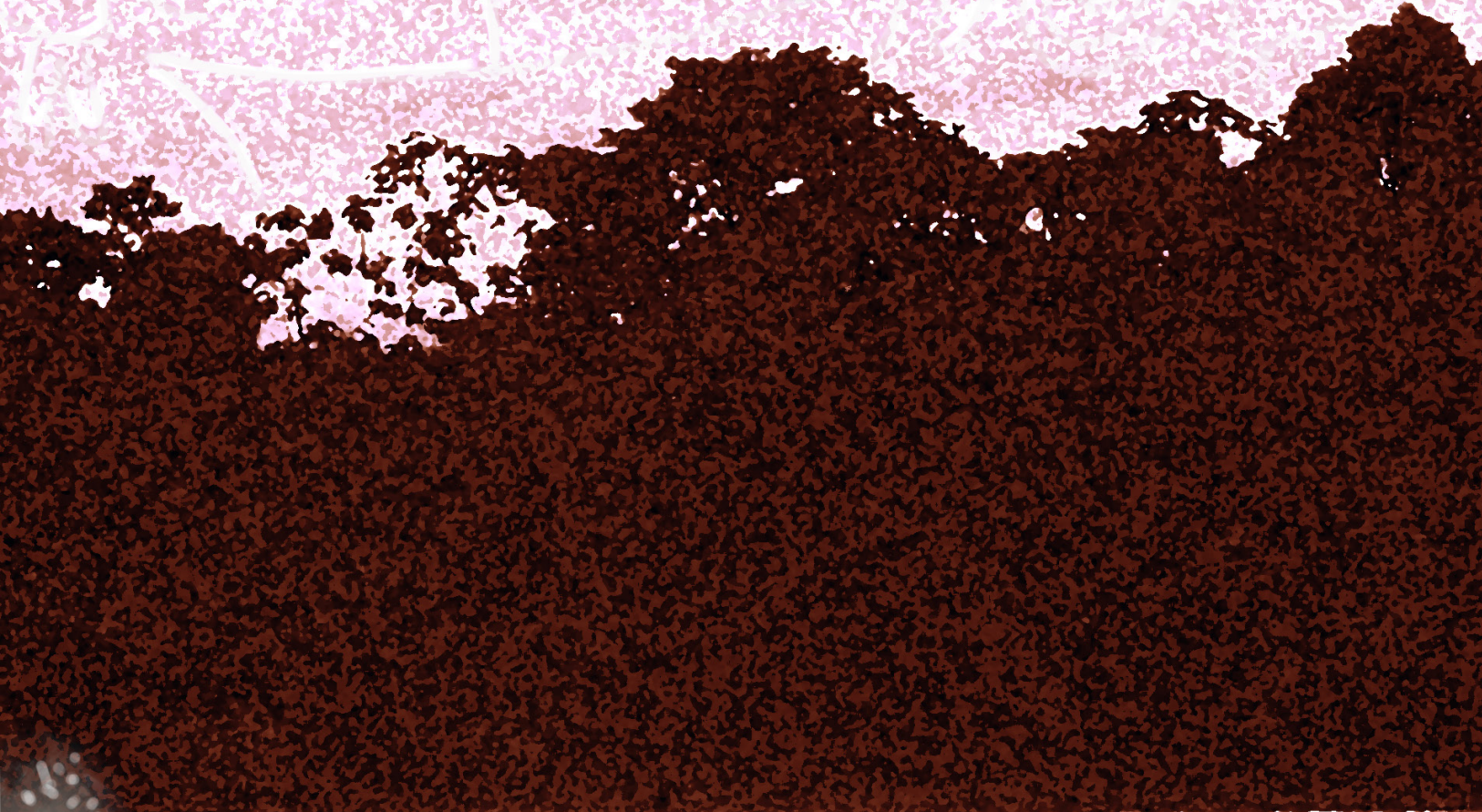


NUNCA FUE



MAMA-Ú



Sandra Patricia García Herrera

Directora Administrativa Uniclaretiana



Aquel amanecer del primer día de agosto, ¡ese día de no olvidar!... como cada mañana al despertar, abrí esa pequeña ventana que amenazaba caerse con tan solo tocarla, el sol resplandecía tan brillante que mis ojos cerré al mirarlo; no llovía como de costumbre, tampoco había neblina, era simplemente una mañana de admirar; trinaban los pájaros y a las gallinas en su corral se les escuchaba su cacarear, unas *culecas*, otras que ya habían puesto sus huevos, y las demás calentándolos para empollar; se escuchaba el río que quedaba a unos metros de la casa, fuerte su caudal, como si quisiera salirse de su cauce, también escuché el perro ladrar, se llamaba Ramón, era mi más fiel compañía, tenía hambre, al igual que yo le encantaba desayunar chocolate con pan, pan que yo misma preparaba en el horno de barro que estaba en el costado del patio trasero, donde tenía mi mecedora de mimbre que él tejió para mí. Ahí me sentaba cada mañana a tomar mi primera taza de café, mirando los marañones rojitos que caían al suelo y se convertían en manjar de las gallinas y sus pollitos, también me deleitaba mirando los demás árboles que teníamos plantados en el solar; el que más me gustaba era el árbol del pan, comía sin parar... También había caimito y badea, sin dejar a un lado los palos de borojó, las piñas y las yucas, unas cuantas palmas de coco y las palmas de popocho y banano, por que las de plátano no pelecharon jamás; cultivábamos cuanto podíamos, porque ir al pueblo tomaba más de dos horas en bote y muchas veces no teníamos con que comprar. Teníamos también dos puercos,

el uno flaco y la otra preñada, lista para parir su cría, tan flacos como la necesidad, porque no teníamos con qué alimentarlos bien, pero de hambre no los dejábamos morir.

Sentí unos pasos, en el piso de madera que no disimulada ningún ruido al pisar, tablas flojas, algunas rotas, por donde algún ratón se asomaba de vez en cuando... ese era mi hogar, ¡el hogar que tanto soñé y donde era totalmente feliz! Tenía poco, pero nada me faltaba. Él se acercó hacia mí y por detrás me abarcó con sus grandes y fuertes brazos; me besó la frente y me dijo “soy feliz”; eran palabras que me repetía cada día al despertar. Luego me manifestó que tenía hambre: “quiero algo rico”. Se refería a sus preferidos huevos con mucho aliño, acompañados de patacones de banano o popocho que yo le fritaba en un sartén renegrido del tizne con manteca de más de un mes de uso y su agua de panela caliente que no podía faltarle. Era nuestro más especial momento del día”.

Joaquín era mi esposo, un hombre especial al que conocí una tarde de mayo hace treinta y siete años a orillas del río Capá de mi pueblo Lloró. Aquel día lo vi, muy vigoroso pescando con su atarraya, con su gran sonrisa y los más grandes y hermosos ojos que había visto jamás, su piel color agua panela, su cabello negro ensortijado y esa boca que endulzaba mi vida como la miel. ¡Lo amé desde el instante que lo vi, no lo pude evitar!

Todas las mañanas de la semana, excepto el domingo, *Joaco*, como cariñosamente lo llamaba, se iba a trabajar a las seis y media; salía con su misma camisa a cuadros que le regalé en nuestro primer aniversario de novios, acompañado de Ramon, que no lo dejaba solo nunca. Nadie imagina como hice para reunir y comprar aquella camisa en el único almacén del pueblo; su precio era muy alto para mi capacidad, pero logré ahorrarlo con el dinero que ganaba haciéndole trenzas a las mujeres del pueblo

los domingos al salir de la misa en día de plaza, en donde siempre ponía una sombrilla vieja, una mesa de madera con un pata que recostaba en una piedra porque estaba chueca, vestida con un mantel a cuadros; allí montaba los panes y las *cucas* que hacía los sábados; casi siempre los vendía todos, y hasta algunas señoras me hacían sus encargos para la semana siguiente. En ocasiones llevaba huevos colorados para la venta, la mayoría de doble yema; ricos y gustosos;

Ese fue nuestro único aniversario de novios, porque los demás los celebramos como marido y mujer; nos casamos después de catorce meses de habernos conocido, un 16 de julio, día de la Virgen del Carmen y de las fiestas del pueblo. Yo fui vestida de verde, con ese mismo vestido que usaba para todas las fechas especiales como navidades, cumpleaños, viernes santos y misas dominicales, porque no tenía con qué comprar uno blanco.

Él se casó con la camisa a cuadros verdes que le regalé; era la mejor que tenía y además la amaba; completó su pinta con un pantalón de Jean desteñido y con algunos rotos, que no notábamos mucho, mejor dicho, que nadie notó, porque no teníamos muchos invitados a la boda, solo el cura, dos señoras cantadoras que nunca faltaban a la misa del domingo, y José Manuel, el pescador amigo de Joaco, su compañero de pesca cada mañana; fue el primero que llegó a la iglesia, con unos anturios

blancos, amarrados con un pedazo de *cabuya*, estiró su mano y me los entregó, me dijo: los cogí de camino en la orilla del río, te los doy con mucho amor y humildad; ese fue su regalo de matrimonio porque no tenía para darnos más, pero ya su sola compañía nos daba mucha felicidad.

Al salir de la iglesia llovía fuertemente, empezamos a subir el río para llegar a casa, aunque me tape con mi vieja sombrilla el aguacero nos mojó, pero llegamos con bien gracias a Dios a celebrar nuestra primera noche de casados con un sancocho de gallina en leña que yo misma había preparado antes de salir y que nos esperaba tibiecito encima del fogón,

con algunos tizones aun prendidos dando calor a la olla. ¡Ese fue mi día mas feliz!

Regresando a esa primera mañana de agosto, Joaco salió a trabajar, se montó en su canoa y como siempre, lo miré hasta que a lo lejos lo perdí de vista. Siempre esperaba su regreso a eso de las seis, cuando ya cayendo la tarde, el cacarear de las gallinas buscando nido, me avisaba que pronto llegaría. Entonces salía a la puerta a divisar el río y ver la canoa a lo lejos, Ramon a mi lado moviendo la cola y ladrando más fuerte que nunca, estaba muy inquieto... anocheció y no llegó, esperé con calma, luego con impaciencia, luego preocupada. Pasaron las horas y él no llegaba, nunca se había ausentado de la casa ni había llegado de noche. Algo pasaba, lo presentía. ¡Lloré! Me perdí en las horas hasta que amaneció; Joaco no llegó. No tenía cómo salir a buscarlo, no había vecinos cerca y la única canoa



era la que él se había llevado. Me dije a mí misma que esperara, que nada malo le había pasado, que él llegaría más tarde.

Pasaron lentamente las horas y terminó ese día, y el siguiente, y el siguiente... y tampoco llegó. Sentía un vacío inmenso en el corazón; le pedía a Dios que llegara y que no permitiera que le pasara nada. Ya habían pasado siete días y recordé que una mañana desayunando él me dijo:

“Mija estoy viejo” estoy perdiendo la memoria y a veces no recuerdo ni quién soy, ni dónde vivo; por eso es que Ramón me guía hasta aquí siempre. Temo que llegue el día en que no pueda regresar.

En ese momento, siete días después de su ausencia, caí en cuenta de algo... aquella última mañana que lo vi, Ramon no se había montado a la canoa con él; se había quedado a mi lado. Me dije: Joaco no supo cómo regresar porque Ramon no estaba con él. Empecé a llorar de nuevo hasta que amaneció. También recordé que en nuestras charlas me decía que siempre que él se fuera, colgara en un clavo de la pared su camisa verde de cuadros, pues así, si se perdía, al pasar por el río, miraría cada casa y al verla colgada, sabría que allí debía parar, que ese era su hogar; pero él la llevaba puesta ese día; ¿qué camisa colgaría entonces?, me pregunté.

Cansada me levanté del piso donde me estuve llorando toda la noche; fui al patio a sentarme en mi mecedora, y me percaté de una ropa lavada que estaba colgada, secándose al sol; en medio de otra ropa vi su camisa, ahí, colgada, lavada y tiesa por el sol. Me pregunté por qué estaba allí si él la llevaba puesta el día que se fue. Entonces salí corriendo y la colgué en el andén, en el clavo, en la pared, como el me lo pidió...

Al entrar de nuevo a la casa vi varias hojas de papel tiradas en el suelo, unas sucias y otras ajadas. Pero yo no sabía leer muy bien ni entendía lo que decían. Había también hojas con dibujos de flores y de una casa de madera muy linda parecida a la mía, además de muchos otros dibujos sin color. Me senté en el suelo confundida y asustada; yo no entendía lo que estaba pasando; miraba a mi alrededor y todo era demasiado confuso, cerré mis ojos y empecé a llorar de nuevo porque no sabía qué hacer, ni qué pensar. Pasaron unos minutos y al abrirlos ya no veía mi casa de madera, ni los árboles, ni escuchaba





el río; me encontraba sentada en el suelo frente a un ventanal de vidrio, en una habitación muy grande con las paredes blancas y todo muy limpio; ¡olía a flores! Luego sentí pasos, miré al frente y vi que alguien se estaba acercando a mí; venía caminando por un pasillo muy largo, era un hombre joven, corpulento, vestido de blanco; le pregunté: ¿quién eres? me dijo: soy tu enfermero; levántate Emilia del suelo, es hora de tu medicina. Le pregunté: ¿dónde estoy?, esta no es mi casa, no estoy sentada en mi mecedora, no escucho a mis gallinas cacarear, ni al perro ladrar. Me dijo: “esta es tu casa, vives en un convento hace 37 años, hoy ya tienes cincuenta y cuatro; los cumpliste ayer, como cada año, te traigo de regalo anturios blancos, míralos, siempre te los pongo al lado de tu cama. ¡Son las únicas flores que te gustan!

Mirándolo fijamente y atemorizada por no entender lo que estaba pasando, le pregunté: ¿y tú cómo te llamas? Me dijo: me llamo Joaquín y soy tu hijo; llegaste aquí embarazada; las monjas te encontraron tirada afuera en el andén, desmayada y sucia bajo la lluvia, cubierta con una camisa verde a cuadros rota y vieja; debajo llevabas un vestido verde roto y sin zapatos; nadie vino a buscarte nunca; preguntaron en el pueblo si te conocían, pero ninguno te había visto jamás; llegaste llorando y a los pocos días dejaste de hablar; tu silencio duró casi diez años, y al empezar a hablar lo único que contabas era tu historia de Joaquín y de tus vivencias en un río de un pueblo del Chocó.

Empecé a llorar y le pregunté: ¿Eres mi hijo? Entonces me respondió. Sí, yo nací y crecí aquí. Ellas me cuidaron, y ya tengo treinta y seis años. Estudié enfermería para poder estar junto a ti y protegerte. He escuchado una y otra vez sin cansancio tus historias sobre Joaco, el pescador. Me bautizaron Joaquín, porque al llegar acá has repetido ese nombre todo el día, sin parar. Cada

vez que despiertas tenemos esta conversación y siempre me preguntas lo mismo; no me canso de contestarte... no pierdo la fe en que recuperes tu memoria mamá, y puedas vivir en la realidad.

Entonces, le pregunté que dónde estaba Joaquín, y me contestó; él nunca existió, solo en tu imaginación y en tus dibujos. Yo soy tu Joaquín real y siempre estaré a tu lado cuidándote, con la esperanza de que algún día te despiertes recordando que soy tu hijo y en espera de ese fuerte abrazo de mamá que desde niño he soñado. Entonces me quedé mirándolo y después de un corto y abrumador silencio, rodaron por mis mejillas las más grandes y dolorosas lágrimas y con cariño lo abracé. ¡Joaquín! -le dije- eres tú, mi Joaquín, el Joaquín del que me enamoré.

